



Julia Ballarín y Pablo Calvo, ayer en las calles del barrio madrileño de La Latina. / JUAN BARBOSA

Varios universitarios relatan sus peripecias para encontrar alojamiento en las grandes ciudades

“Piden 500 euros por una habitación sin ventanas”

ANDREA GARCÍA / SONIA VIZOSO
Madrid / Santiago

A Julia Ballarín, de 21 años, le llegaron a pedir 10 euros solo para ir a visitar un posible piso de alquiler. A Pablo Calvo, de 22, le han ofrecido estancias para dormir que se parecían mucho más a un pasillo que a una habitación. Con las residencias y los colegios mayores hasta los topes (al 98% de ocupación) y las residencias privadas a precios que no permiten ajustar presupuestos, las crecientes dificultades para encontrar alquileres en el centro de las ciudades se llega a convertir en un auténtico castigo para los universitarios desplazados; en torno a medio millón de estudiantes.

Ballarín es de Huesca y lleva cuatro años estudiando Sociología en Madrid. Cuando dejó hace dos cursos un colegio mayor de Getafe para pasar a un piso compartido en el barrio de Embajadores, en la capital, la experiencia ya no fue buena: ella y sus amigas acabaron en un apartamento medio vacío (aunque en la oferta aseguraba que era amueblado), en el que los enchufes no funcionaban, el fregadero estaba descolgado, las persianas no bajaban y el agua caliente nunca duraba más de 10 minutos seguidos. Pero cuando este verano se decidió a buscar otra cosa, descubrió un nuevo calvario: “Buscar piso ahora en Madrid es la guerra. Hemos normali-

zado que cueste 500 euros el alquiler de una habitación, y no es normal”.

El problema no es únicamente el precio, sino “que todo el mundo está desesperado y quien no corre, vuela”. Cuenta que en una ocasión, horas después de firmar y dejar todos sus datos, le quitaron el piso porque otros chavales habían pagado antes. Julia estaba esperando a que le llegara la transferencia de sus compañeras para pagar esa misma noche. Después de un tortuoso periplo, por fin encontró un nuevo piso y, aunque tampoco es para tirar cohetes, lo cogió porque era su última opción y estaba desesperada. Atrás dejó la fianza del alquiler anterior, que de momento no les han devuelto, y todos los muebles que compraron, que no han podi-

“Hemos normalizado unos alquileres que no son normales”, dice una estudiante

“Ofrecen espacios inhabitables para sacar el máximo beneficio”, indica otro

do recuperar de un piso que, a pesar de todas sus taras, está ya de nuevo alquilado y ocupado por 100 euros más al mes.

Los colegios mayores y residencias de estudiantes tampoco ofrecen un mejor panorama. Uno de los problemas de Ángel Pérez Infante, de 22 años, es que no encuentra ninguna plaza libre en las residencias sevillanas. Titulado en Pedagogía en Burgos, su ciudad natal, no obtuvo plaza en la primera ronda de solicitudes en el máster de Psicopedagogía que quiere estudiar en la Universidad de Sevilla. Pero si la ha obtenido en la repesca, tal y como le han comunicado hace apenas unos días. Ahora busca habitación o un piso para compartir con un amigo, pero de momento no ha habido suerte. “Hay mucha gente buscando y muy poca oferta”. En Burgos, una habitación cuesta unos 250 euros al mes, y en Sevilla no están encontrando nada por debajo de 300 o 350. Ahora están mirando más lejos del centro, pero en ese caso tendrán que añadir el transporte al presupuesto.

“A veces anuncian pisos como céntricos o cercanos a la zona universitaria que, en realidad, están muy lejos”, cuenta Paula Bailén McEvoy, una joven de 18 años de Elche que también ha sabido hace muy poco que la admitían en la Universidad de Zaragoza para empezar este curso la carrera de Ve-

terinaria. Ha encontrado piso en cuatro días, pero el proceso le ha impactado. La gran mayoría de pisos que ofertan para estudiantes, opina, no los ofrecerían de la misma manera en otros contextos, porque “están en unas condiciones malísimas”.

Calidad-precio

“Este año he visto en junio a chavales desesperados corriendo por la calle a ver pisos para que no se los cogieran. Porque ahora es así: o empiezas a buscarlo en junio o ya no encuentras”, explica el coruñés Alejandro Suárez, que lleva tres años estudiando Historia en Santiago. En esta ciudad mandan los turistas, asegura este joven de 21 años, y la proliferación de viviendas para visitantes ha complacido como nunca la vida de los universitarios: “Están creando una ciudad a gusto del consumidor peregrino y en detrimento de vecinos y estudiantes”. Por eso él se aferra a la casa que comparte con otros tres compañeros, cuyo casero ha decidido no subirles el alquiler este curso, consciente de que hay muy pocas opciones y cada vez más caras para quienes se quedan fuera de las 972 plazas (para 25.000 estudiantes) en residencias públicas o no pueden o quieren pagar la “barbaridad” que cobran las privadas.

En la Comunidad de Madrid, por ejemplo, los precios van de una media de 578 euros al mes en los colegios mayores y las residencias públicas a los 874 de las privadas, según un informe del septiembre pasado de la consultora J.L.L., que señala que los centros privados más exclusivos cobran en torno a 1.280. El informe da precios medios de toda la oferta para Barcelona (732 euros), Valencia (642) y Sevilla (519). Joaquín Linares, de Deloitte, opina, en todo caso, que si hay un problema de acceso a las residencias es de falta de oferta y no de precio. “En general se trata de un mercado de clase alta, de familias que cobran más de 90.000 euros”, asegura, y defiende que si se tienen en cuenta los servicios que incluyen las residencias privadas (comidas, wifi, gimnasio, lavandería...), los precios son muy parecidos a lo que acabarían pagando por todo los usuarios de colegios mayores o de alquileres convencionales.

Pablo Calvo, de 23 años, graduado en Comunicación Audiovisual, reconoce que, por suerte, dispone de un presupuesto que se ajusta a la media en la que están los pisos. “que son 500 euros por persona, a veces con gastos incluidos, otras sin. Lo peor, insiste, es la relación calidad-precio de las cosas que se va encontrando: “Si me dices que estoy pagando más de 500 euros por una habitación espaciosa y con luz muy bien ubicada, genial. Pero pagar eso por un cuarto al que apenas le llega luz, el armario entra de milagro y no tiene escritorio, no me parece que esté bien”, continúa. Y añade: “Ofrecen espacios inhabitables, sin ventanas o unas que dan como mucho al pasillo, sin una entrada de ventilación que no sea la puerta. Habitaciones que antes de la remodelación no lo eran, pero que se crean para sacar el máximo beneficio económico”.

Con información de J. A. Aunió.

Los caseros los perciben como conflictivos

Las dificultades para encontrar un piso de alquiler en los centros de las ciudades (hay un 34% menos de ofertas, según la web Idealista) o una habitación compartida (hay un 45% menos) no son exclusivas de los estudiantes. Pasada la pande-

mia —y con ella, en gran medida el teletrabajo—, la reactivación económica ha traído consigo un mayor desajuste que, en el caso de las habitaciones compartidas, han contraído la oferta un 78% en Palma de Mallorca, un 73% en Barcelona, un 62% en Málaga y un 59% en Madrid. Pero en ese contexto, los universitarios lo tienen todavía más difícil, no solo por las subidas de precios, sino porque los caseros son más reacios a alquilar a un colecti-

vo que perciben como más ruidoso, conflictivo y destructivo, explica el analista de Deloitte Joaquín Linares.

La oferta de los colegios mayores y residencias de estudiantes, tanto públicas como privadas, añade, apenas cubren una pequeña parte de la demanda de movilidad estudiantil: hay una cama en residencias estudiantiles por cada 4,3 universitarios que estudian lejos de su casa, según un reciente estudio de Deloitte. En

cuanto a los colegios mayores (centros adscritos a las universidades y regidos por normas educativas) estaban hace una semana al 98,1% de ocupación, habiendo colgado ya el cartel de completo en las provincias de Salamanca, Zaragoza, Valencia, Cádiz y Valladolid. En Madrid estaban al 98,75%, en Santiago y Barcelona, al 95%, y en Sevilla, al 97,66%, según los datos difundidos por el Consejo de Colegios Mayores Universitarios.